

BX 1756

.M3

S4

V. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## SERMON MORAL

SOBRE

### LAS DIVERSIONES DE CARNAVAL.

*Religio munda et immaculata apud Deum  
et Patrem hæc est... immaculatum se custo-  
dire ab hoc sæculo.*

La Religion pura y sin mancha delante  
de Dios... es ésta...: guardarse sin ser infi-  
cionado de este siglo.

(EPIST. JACOBI, cap. 1, vers. 27.)

Si animadas por virtud divina las antiguas cenizas de Lucrecio y Epicuro viniesen á recorrer hoy dia los teatros, las casas y calles de nuestra hermosa ciudad, ¿qué juicio formarían de nosotros, despues de haber estado en el reino de la verdad, despues de haber obtenido el convencimiento de la nulidad de los principios sensuales que establecieron cuando en la tierra tuvieran el nombre de filósofos, despues de haber experimentado en sí cuán caros les cuestan en el otro mundo los cortos momentos de placer de que aquí gozaran, al ser testigos oculares de tanta escena lúbrica como hoy se representa en los teatros, de tantas ridiculeces como se dejan ver en nuestras calles, y de tantas abominaciones como se cometen á la sombra de un papel con que el hombre encubre la parte más noble de su cuerpo, el rostro, expresion de la divinidad? Despues de ver y examinar estos hechos con mira-

008612



da filosófica, «los hombres, dirían, han perdido el juicio.» Más dirían todavía: la semejanza que tienen los festejos de nuestra época con las saturnales de sus días, los disfraces con que simulan engañarse mutuamente los individuos de uno y otro sexo, la desvergonzada osadía é incalculable impudencia con que se han dejado ver entre nosotros execrables farsantes, les harían prorumpir sin duda en estas frases: «El mundo es siempre el mismo; hoy día son los hombres tan malos como en nuestro tiempo; son peores todavía, porque nosotros, negando la inmortalidad, nos entregábamos á toda lujuria, creyendo que en eso estaba la dicha del hombre; son más inícuos, pues Dios les demostró la verdad y les enseñó la luz que nosotros no viéramos: han visto palpables nuestros errores, y con todo obran como si fueran nuestros discípulos.»

Así hablarían indudablemente, hasta que una feliz casualidad los trajese al vestíbulo de este templo; entónces, arrastrados hasta lo interior del santuario por las suaves armonías con que resuenan sus bóvedas, detenidos al contemplar la compungida actitud de los que están en este sagrado recinto, admirados en presencia de los virtuosos ministros que ofrecen el incienso de las oraciones al Altísimo, iluminados quizá con uno de esos rayos que despide la soberana majestad que habita en ese tabernáculo, exprimirían de otro modo el estado actual del mundo, y no podrían ménos de decir que la tierra está ocupada por locos y cuerdos, por ignorantes y sábios, por incrédulos y creyentes, por hombres que cultivan la virtud y adoran á Dios con pureza de corazón, y por otros que siguen á bandera desplegada el sistema de la corrupcion, no obstante haber sido convencido de erróneo y perjudicial al que lo profesa.

Mas ¿quiénes son los locos, los ignorantes, los incrédulos y los que viven alistados en la enseña de la carna-

lidad? Los mundanos, los hijos del siglo. ¿Quiénes los cuerdos, los sábios, los creyentes y los verdaderos adoradores del Señor? Los que profesan la Religion sin mancha, aquella que prescribe el retiro, el silencio, la fuga del mundo y sus espectáculos; aquella que nos manda no dar rienda suelta á las pasiones, no halagar demasiado al sentido, reprimir sus ímpetus y sujetar á la razon los movimientos poco conformes con la ley divina. Esta resolución dieran hoy día aquellos anticuados patriarcas de la sensualidad, si volbiesen al mundo, canonizando en seguida vuestra piedad, y diciendo con el apóstol Santiago: «La Religion pura y sin mancha delante de Dios, es ésta...: guardarse sin ser inficionado de este siglo.» *Religio munda*, etc., etc.

No creais, señores, que vengo dispuesto á hablar por medio de apólogos y tipos; he puesto en los lábios de unos filósofos, cuya memoria apenas existe, una sentencia dictada por la razon y la fé, y no se crea que voy á exponer la verdad rebozada entre figuras que la quiten la eficacia que ella tiene por su naturaleza. Salgo al campo á cara descubierta, teniendo por armas y escudo la palabra divina; y ayudado de ella, expondré á vuestra consideracion verdades de alta importancia, verdades que os afirmarán en las religiosas ideas que os han traído en este momento al templo santo, y os infundirán un santo horror hácia las locuras de los mundanos. Seguid la ruta que esta luz os demarque, y á pesar del error que quiere invadir hoy día al espíritu humano, habeis de palpar su admirable contraste, aún entre los que profesan una misma religion; vereis la locura del paganismo, elevándose como planta parásita junto al robusto tronco de la sociedad cristiana, para absorberla todo su vigor; vereis la lucha que han trabado la inmoralidad y la santidad: aquélla queriendo sofocar todo gérmen de virtud, valiéndose para ello de todas las armas de la carne, ésta



resistiendo á sus tentativas con las armas del espíritu; vereis á hombres que pretenden nivelarse por sus excesos con los irracionales; vereis á otros que se encumbran con sus oraciones hasta las regiones del cielo. En una palabra: observareis el contagio de la carne en cuantos se entregan á las locuras del Carnaval, contrastando con los que, para desagaviar á Jesus sacramentado, vienen hoy al templo á hacer oracion. Voy á descubrirlos todo lo criminal de los primeros, para que pertenezcais siempre al número de los segundos. Roguemos ántes al Señor para que nos dé su gracia.

AVE MARÍA.

La Religion de Jesucristo, tan enemiga es del rigorismo como de la laxitud, guardando en todas las cosas un medio, y condenando los extremos, que casi siempre tienen su principio en el fanatismo y el error. Dada por el Padre de misericordia á hombres viadores, constituidos en un valle de lágrimas, no reprueba las alegrías inocentes, ni los momentos solaces, condenando tan sólo los abusos; de tal modo, que las diversiones moderadas son un acto meritorio, si son dirigidas á Dios, y si nos contemos en los límites de la razon. Si así no fuese, era preciso que siempre se viera nuestra hermosa frente oscurecida bajo el peso de la tristeza, que nuestras cejas y párpados no se moviesen sino á manera de los de la fiera solitaria, que nuestros lábios no pronunciasen palabras de consuelo, que huyésemos de la sociedad y nos enterrásemos en cavernas, y entónces el mundo quizá estaria poblado de hipócritas; entónces nuestra razon se pareceria á las montañas del polo, siempre cubiertas de tristes y eternas brumas. Si así no fuese, no viéramos

canonizados aquellos frugales banquetes de los antiguos patriarcas, en los cuales, ni faltaba el vino que alegra el corazon del hombre, ni se perdonaba al ternero para obsequiar á los convidados; tampoco serian dignos de la historia divina aquellos coros de danzas, que al son del tímpano y la cítara electrizaban al pueblo santo, despues de haber recibido de Dios algun beneficio señalado, como fuera aquel en que María, hermana de Moisés, con otras sus compañeras, saliera al encuentro á todo el ejército de los hebreos, modulando suavísimas sinfonías, al paso que el gran caudillo entonaba el cántico del Mar Rojo, inmortalizando la memoria de las maravillas del Señor. Méenos hubiera llegado á nuestra memoria aquel uso antiguo de celebrar los enlaces nupciales con convites de ocho dias, como lo hicieran Abraham, Isaac, Tobías y otros justos, y mucho méenos nos dijera el Espíritu Santo que «está bien que coma el hombre, beba y disfrute alegremente de su trabajo, con que se fatigó él mismo, durante los dias que Dios le dió. Y que á todo hombre á quien Dios dió riquezas y hacienda y facultad para que coma de ellas y disfrute su parte, y se alegre de su trabajo; esto es don de Dios. Porque no se acordará mucho de los dias de su vida, por cuanto Dios hinche su corazon de alegría.»

No prohíbe Dios los placeres inocentes, ni las alegrías moderadas, ni las diversiones que no son contrarias á la moral; si ha habido rigorismo en el particular, la han dado á luz hombres fanáticos. ¿No veis á los fariseos del Evangelio? Se glorían de ayunar dos veces en la semana, de pagar al Señor los diezmos y primicias, hacer limosnas á son de clarín, ponerse á orar en los ángulos de las plazas, se colocan en las prominencias del templo; no quieren arrimarse á un pecador porque temen ser amancillados, ¡hipócritas! al mismo tiempo imponen al pueblo un yugo insoportable, que se guardan muy



bien de tocarlo ellos con la punta de su dedo; para ayunar prescriben que es necesario mostrar un rostro macilento y triste, como si la alegría y la amabilidad no fuesen hijas legítimas de la verdadera virtud. No es así, señores. Jesucristo, de cuya sabiduría no podemos dudar, y cuyas acciones son nuestro modelo, jamás mostró su rostro fruncido, sino lleno de un candor apacible y de una dulzura que atraía á los pecadores; y en vez de hacer odiosa la regularidad de las costumbres, nos dice claramente que nos lleguemos á Él todos los que padecemos trabajos y estamos angustiados, para encontrar alivio y consuelo; nos manda que llevemos el yugo de su ley, pues es suave, y su carga ligera: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.*

Si Jesucristo reprueba aquella rigidez afectada que proviene algunas veces de la hipocresía, ¡cuánto más condenará el extremo opuesto, la licencia de la carne! ¡Ah! Debiéramos ilustrarnos con cordura en los principios religiosos, para que supiésemos cuán amable es la Religión. No se crea que el silencio, el retiro y la oración hacen al hombre misántropo; una inocente sonrisa, una igualdad constante en el ánimo, una efusión de sentimientos caritativos para con todos, son en general las señas características de los hombres sólidamente religiosos. Dulce es la soledad, y sus encantos absorben al hombre entregado á Dios; más dulce todavía es la consideración de los misterios de la Religión, en los cuales un como néctar divino inunda todas las partes del ánimo al ver á un Dios de majestad convertido en objeto de amor y cariño desde que nace en Belén hasta que espira en el Calvario, resucita y sube al cielo. Quien piense seriamente en estas maravillas, es más feliz que todos los hombres juntos, y casi goza en la tierra de la bienaventuranza del cielo; porque esta consiste esencialmente en amar y ser amado de Dios, ¿no es verdad? Pues bien; decid á una alma extasia-

da en la contemplación de estas maravillas que su hermano se encuentra fluctuando entre olas de amargura, y vereis que deja al Criador por la criatura, el reposo por la fatiga, las delicias del amor divino por los trabajos del amor del prójimo. Si éste se halla desnudo, aquél se despojara alegremente de su túnica para cubrirlo; si está herido, él le aplicará aceite y vino á las llagas, derramando al mismo tiempo el suave bálsamo del consuelo en el alma atribulada. ¡Ah! El mundo critica á los hombres virtuosos, porque no los conoce, ni puede conocer; entregado á espectáculos bulliciosos, á convites y saraos y á cuanto deleita el sentido, no le es dado comprender que el hombre más amable, aquel cuyo corazón vive siempre en un horizonte risueño, aquel que no puede estar en contacto con sus hermanos sin infundirles consuelos y proporcionarles alivio en los trabajos, es el hombre virtuoso, que teme á Dios y ama á los hombres con amor de hermano. Es decir, amados míos, que hay una alegría que excede á todas las alegrías mundanas, y ésta no puede proceder sino de la conciencia pura y del espíritu divino, cuyos frutos son, según el divino Pablo, la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la mansedumbre, la bondad, la longanimidad, la fé y la continencia.

¿Y tienen algo de semejanza con estos goces divinos esas alegrías mundanas á que locamente se entregan los cristianos en los días que preceden al santo tiempo del ayuno? Son ciertamente reprobables aquellos que se entregan al extremo opuesto de la rigidez afectada que profesaban los fariseos. Pero ¿no son más damnables los que obran en sus diversiones como el caballo que carece de entendimiento, para servirme de la expresión del Profeta? ¡Ah! Sí ciertamente; un hombre hipócrita podrá perpetrar en su corazón, ó quizá con la acción, crímenes grandes contra la ley divina; mas al mismo tiempo hará mil esfuerzos para no perder en el concepto de los demás la



opinion que de él se tiene; aunque no sea más que por motivos puramente humanos y filosóficos, tendrá un continente austero y moderado, palabras cortas, modales severos, no obstante que su corazón esté envuelto en rapiñas é iniquidades; pero el hombre escandaloso, el que abiertamente se entrega á la licenciosa vida, no es así; roto una vez el valladar de la vergüenza, desapareciendo los miramientos de la sociedad, suelta ya la rienda del temor del público ofendido, nada contiene al hombre: no sólo comete él excesos abominables, sino que enseña á los demás á que le imiten. Señores, detestable es un hipócrita, porque adopta el oficio de engañar como ocupación cotidiana; pero si me viese yo precisado á vivir con hipócritas ó con licenciosos, yo escogería habitar entre los primeros, pues siendo consecuentes en sus máximas, al ménos no me darian escándalo, no me enseñarian el camino del crimen con sus palabras y acciones; si no lo hicieran por Dios, lo harian á lo ménos por pasar en presencia de mi razón por hombres de probidad.

¿Empezais ya á penetrar toda la malicia que encierran esas reuniones de hombres en que la ficción va unida al desenfreno? Hubiera yo querido encontrar algun extremo por donde aminorar su culpa, pero no há lugar; se halla reunido en ellos todo lo más abominable á los ojos de Dios y á los de la sociedad, los dos extremos que nos apartan infinitamente, aunque por diversos caminos, de la Religión pura y sin mancha, la hipocresía y la disolución. Sí, la hipocresía: ¿no veis á ese fantasma, que recorre las calles en figura grotesca, haciendo mil contorsiones y gestos, pronunciando frases ridículas, llevando tras de sí el vulgo, que lo aplaude, quizá deteniéndose en los ángulos de las plazas, chispeando algunas palabras voluptuosas, que como á traición le salen del gran volcan de lujuria que arde bajo de un vestido anticuado, emblema del pasado honor y bizarría de nues-

tros mayores? Sabed que es un hombre que apenas se atreviera á cometer una falta de educación delante de sus iguales, por no parecer grosero. ¿Veis aquél que va remedando los años juveniles en todos sus movimientos, diciendo palabras picantes y chistosas á personas de otro sexo? Es un... ¡ah! levantadle la mascarilla que lo oculta, y encontrareis con sorpresa una frente arrugada, unos ojos lívidos, unos labios sin animación. Si no se hubiese cubierto las canas venerables que caen sobre sus sienes, jamás se habria atrevido á parecer licencioso en presencia del público, por no ser tenido por un viejo libertino. Seguid á esa turba que corre en todas direcciones. ¡Qué horror! Hay en el número de ella jóvenes que apenas han concluido el tercer lustro de su existencia, doncellas que están iniciándose en la gran carrera de la vida: los unos aún no se han despojado del honor de la virtud y de las impresiones del honor inocente por la cual acaban de pasar; las otras aún no han marchitado la flor del candor virginal que hermosea su frente; pero ¿los conoceis acaso? Allí va aquel jóven que en actitud de sumisión se presentaba pocos días ántes ante sus maestros y mayores; allí va la vírgen inocente que apenas se atrevia á levantar sus ojos cuando la dirigíais la palabra; ahora todos miran con altivez y hablan con arrogancia; la timidez, el candor, todo ha desaparecido entre las transformaciones de los trajes y las sombras con que se encubre la fisonomía. Seguramente que un pincel delicado perderia el tiempo en darnos á luz el retrato de la hipocresía, pues lo tenemos delineado á lo vivo en cuantos encubren su rostro para salir al público, diciendo y haciendo cosas que los avergonzarian si se les escapasen sin reflexión, hallándose en su traje natural y á cara descubierta.

Pero ¿qué hipocresía es ésta? Es una hipocresía monstruosa, que el demonio no pudo inventar sino des-